

Nuestro cinema

Título:

Los films de Hollywood y la clase obrera

Autor/es:

Logan, Somerset

Citar como:

Logan, S. (1933). Los films de Hollywood y la clase obrera.
Nuestro cinema. (11):152-153.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42852>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL PROLETARIADO EN EL CINEMA

Los films de Hollywood y la clase obrera (*)

Millones de obreros de los Estados Unidos van a los cinematógrafos todas las semanas. Los films dados en esos cinemas son propiedad y se hallan contratados por la clase burguesa. Esta clase procura que los films norteamericanos sólo reflejen «ideales» capitalistas—ideales de negocios, de imperialismo, de moralidad burguesa, de superioridad racial y nacional.

A pesar de que los obreros y sus familias constituyen las nueve décimas partes del público cinematográfico, los cinemas norteamericanos no se interesan en su vida y sus problemas. La explotación económica, el paro forzoso, la lucha de clases—asuntos de una importancia vital para el trabajador inteligente—han sido rigurosamente excluidos de la pantalla norteamericana. En este país se hacen films para conducir a la clase obrera a un estado de vacuidad mental para apartar sus ojos de las terribles realidades de la vida cotidiana. Un obrero cuyo cerebro está saturado de los amores cinematográficos de Greta Garbo o de la trama dramática y fascinadora de *¿Dónde está tu marido?*, *Las muchachas piden sensaciones* o *¿Deben decirlo las esposas?*, un obrero de este tipo mental no caerá probablemente víctima de la propaganda radical ni será un militante activo en lucha por una nueva civilización.

¿Qué ve el obrero norteamericano cuando va al cinema? Los secretos sexuales de la clase «alta», detalles anatómicos de las señoras más distinguidas, mansiones espléndidas, habitadas por parásitos que nunca trabajan; chulos, gigolos, prostitutas; maniqués animados de ambos sexos; guerras de *gangsters*, que terminan siempre con el arrepentimiento y reforma del bandido simpático que se convierte en un respetable hombre de negocios y se casa con la hija de su patrón; la vida y aventuras de una joven viuda con una herencia de un millón de dólares y a quien todo le aburre hasta el día en que encuentra al hombre que la transforma; y así hasta pasar y traspasar los linderos de la más imbécil cretinería.

En las actualidades, el obrero ve revistas navales, el último equipo del ejército, deporte comercializado y el rostro dulce y espiritual de algún notorio ladrón político. En cambio, el obrero no ve nunca una huelga, una familia entera arrojada a la calle; la explotación inhumana de obreros y campesinos. Nunca ve el linchamiento de un negro. Nunca ve una demostración de miembros de su clase ni la brutalidad sin límites de los cosacos del capitalismo, la policía. Si se han hecho tales films, nunca han sido proyectados en la pantalla.

La clase dominante de la antigua Roma, cuando sentía el empuje de la clase baja, calmaba a sus esclavos dándoles pan y circo. La clase dominante norteamericana provee a sus asalariados con la mediocridad que emana de Hollywood. Pero entre los esclavos romanos y los de hoy hay esta diferencia: los asalariados norteamericanos pagan para poder tener derecho a embrutecerse.

El film ruso constituye un contraste maravilloso. Rusia es el único país donde el film está hecho de la sustancia misma de la vida. No hay romanticismo, no hay «arreglos» de los hechos de la existencia diaria. La industria cinematográfica de la Unión Soviética es propiedad y se halla controlada por los mismos obreros, como ocurre en todas las otras empresas del país. El film soviético es considerado como un poderoso instrumento de cultura y progreso. Ese film trata de los problemas vitales de la clase productora, de ciencia, higiene, colectivización, del problema de la vivienda, del plan quinquenal, de la revolución, de la lucha de clases. En la Unión Soviética los films no son utilizados para «cegar» las inteligencias de los trabajadores, sino para estimularlos, para perfeccionarlos, para elevar su propio nivel de vida. Se muestran los obreros en las fábricas, en las granjas agrícolas, en los teatros, en las escuelas, en dondequiera que se reúnen ellos o sus hijos.

El film cultural de la Rusia soviética es totalmente diferente al puramente comercial de Norteamérica. Los proletarios rusos, que controlan la producción cinematográfica, tienen un interés enorme en crear y diseminar cosas que valgan la pena, porque saben que los primeros que obtendrán los beneficios son ellos mismos. Nada es demasiado bueno para ellos. Además de satisfacer sus propias necesidades económicas, ellos desean lo mejor en arte, literatura, teatro y cine. La Rusia bolchevique es el único país del mundo que posee una censura artística. Y es el obrero mismo su propio censor. Moscú es la única ciudad que tiene una universidad cinematográfica, donde los estudiantes deben estudiar durante varios años todos los aspectos posibles de la producción cinematográfica antes de que puedan comenzar sus actividades en cualquier rama importante del film, tales como fotografía, producción de escenarios, dirección.

En Norteamérica, la cualidad artística de un film, su fidelidad con respecto a la vida, tiene un valor secundario si es que, en realidad, lo tiene. La naturaleza comercial del film norteamericano se muestra patentemente desde el momento en que se escribe el escenario hasta el momento en que la producción se acaba y se lanza al mercado. Para el término medio de los directores norteamericanos, la integridad artística no significa nada. Es un puro problema de caja. De hecho, la inmensa mayoría de los directores norteamericanos cuyo deber patético estriba en realizar obras maestras en Hollywood, desconocen totalmente las posibilidades casi ilimitadas de su propio medio. La mayor parte de esos directores son hombres analfabetos que han sido elevados al rango que tienen por razones que no guardan ninguna relación con la capacidad necesaria para ejercer la profesión. No tienen la menor idea del ritmo, del montaje, de los valores dramáticos y fotográficos o de cualquiera de los componentes básicos de una buena técnica cinegráfica. Y detrás de los directores se hallan los «revisores» y los gerentes generales, que sólo se mueven por una idea central: adquirir el máximo de dinero. Y finalmente, detrás de los «revisores» y gerentes generales, se encuentra el siniestro poder de los privilegios: los banqueros, los financieros, los «raketeers» triunfadores de nuestro mundo moderno que dictan, en última instancia, las normas del cinema.

El film soviético es francamente «propaganda» — propaganda contra la ignorancia y la superstición, contra el capitalismo y la esclavitud del asalariado, propaganda por una vida mejor, propaganda por el comunismo. También el film norteamericano es «propaganda» — propaganda pro ignorancia y superstición, pro vulgaridad y degradación moral; en breve, propaganda pro capitalismo. A diferencia de los films de la U. S. A., el cinema soviético está hecho para educar a los trabajadores, para darles conciencia de su misión

histórica de creadores de un nuevo mundo: la Unión Soviética de todos los pueblos de la Tierra. Y este instinto educador es algo más que una vaga aspiración. *Tempestad sobre el Asia, Viejo y Nuevo, Potemkin, El fin de San Petersburgo, La Tierra, El Expreso Azul* y otros muchos films soviéticos son monumentos duraderos de la nueva cultura proletaria.

SOMERSET LOGAN

«La policía carga sobre los obreros». Escenas frequentísimas en Norteamérica que no nos presentan jamás los films ni las actualidades yanquis. Foto: Archivo J. P.

